

que ninguna otra comarca le puede dispu-

Menochio, Bollandó, todos de la Compañía de Jesús; en fin, los comentadores del Nuevo Testamento, y los autores que han escrito la vida de Jesucristo ó de la santa Virgen. No hay uno solo entre ellos que no haya hablado de san José en términos magníficos, y que no haya contribuido con todo su poder á ensalzar su preeminencia entre todos los Santos. ¡Oh! si el piadoso Isidoro de la Isla, que, como lo hemos dicho, se consolaba con la esperanza de que un día el Señor emplearía la lengua y la pluma de los sábios mas recomendables en celebrar las alabanzas de nuestro gran Santo, viniese hoy día al mundo, ¡cuánto no seria su gozo al ver cumplido su voto mas ardiente, y poder numerar á la época en que yo escribo (1709), es decir, en menos de trescientos años, comenzando por Gerson, mas de trescientos autores, historiadores y panegiristas de san José <sup>1</sup>!

<sup>1</sup> Entre estos escritores puede y debe numerarse el venerable P. Fr. Jerónimo Gracian de la Madre de Dios, primer provincial de los Carmelitas descalzos de España, que dió á luz un precioso opúsculo intitulado: *Excellencias del señor san José*, traducido últimamente al francés.

## CAPÍTULO XI.

*Motivo undécimo, el ejemplo de los personajes mas notables por su virtud.*

Me parece que por las once estrellas que adoraron al antiguo José ha querido Dios figurar algunos personajes de la ley nueva que en los últimos tiempos debian señalarse por los singulares homenajes que tributasen al segundo José. No repetirémos lo que al principio de esta obra hemos dicho, sobre el sol de justicia y la luna mística, es decir, sobre Jesús y María, que de consuno tributaban á José el homenaje mas brillante, y á la vez mas humilde que jamás se ha visto, el de una perfecta obediencia á todas sus voluntades y á todos sus deseos. Lo que sí vamos á designar aquí, son las once estrellas que se reunen al derredor de nuestro Santo, no para eclipsarle, sino mas bien para aumentar su brillo, y ceñirle una auréola de gloria.

La primera de esas estrellas que apareció sobre el horizonte fue, como en otra parte lo hemos dicho, el ilustre canciller Gerson:



tan pronto como estuvo en estado de hablar y de escribir, consagró á la gloria de san José su pluma y su voz, su celo y su ciencia, que ya habia colocado sobre todos los doctores de su siglo. De esta suerte abrió la carrera á los que le habian de suceder, é hizo conocer al mundo una mina rica de tantas preciosas perlas, cuantas celestiales prerogativas señala en la persona de José. Él tambien fue el primero que con todo su poder exhortó al clero á que celebrase solemnemente su fiesta, y rezase su oficio, con cuyo objeto compuso él mismo una misa, y varios himnos y panegíricos del Santo. Su celo no se limita á estos esfuerzos: no contento con haber procurado comunicar su devocion querida al corazon de los príncipes, de los prelados y de los doctores, por medio de sus escritos tan sólidos como convincentes, encargado de predicar ante el concilio de Constanza, el dia de la Natividad de la Virgen santísima; consagró una parte considerable de su discurso á las alabanzas de su digno Esposo, y habló con tanta energía, que dejó á esa grande asamblea tan penetrada de admiracion por el orador, co-

mo de devocion por el Santo. En una palabra, Gerson no cesó en toda su vida, que fue larga, de trabajar por la gloria de su héroe. Es verdad que las penas que tuvo con este motivo no le dieron tan pronto los frutos que él tenia derecho de esperar, pues hasta cerca de cien años despues fue cuando la devocion de san José comenzó á propagarse: pero esta dilacion no le quitará á los ojos de los Ángeles y de los hombres el mérito de haber descubierto ese manantial, oculto tanto tiempo, del rio de gracias que hoy dia inunda y fertiliza el campo de la Iglesia católica.

La segunda estrella que con sus rayos embellece la corona de san José es ese maestro tan dulce como esclarecido de la vida espiritual, ese perfecto modelo de todos los prelados, san Francisco de Sales. Si habla de san José en sus obras, es siempre con toda la efusion del corazon; si escribe el *Tratado del amor de Dios*, lo dedica á san José como á su protector y á su querido padre. En su breviario no tenia mas imágen que la de san José. «¡Oh! padre mio, dijo una vez á un religioso de la Compañía de Jesús,



«¿no sabeis que todo yo pertenezco á san «José?» Invitado por el rector de la casa profesa de Lyon á que predicase dos veces el dia de su fiesta: «Padre mio, respondió «con suavidad y dulzura ordinaria, muy «rara vez he podido felicitar me de haber «predicado dos sermones en un dia; sin embargo, por amor á san José, consiento en «predicar hoy una segunda vez.» Él quiso que esta devocion, con que habia embalsamado su corazon y su boca, sirviese como de leche á las primeras hijas de la Orden de la Visitacion que acababa de fundar; dió á la nueva Orden por patrono y por padre á san José; la primera iglesia que levantó en Annecy tuvo por titular á san José. En fin, deseoso de dejar á la posteridad una prenda siempre viva de su tierna devocion al Santo; entre otras reglas que trazó para las novicias, les recomienda con especialidad que consideren á san José como á su maestro y su guia en los senderos de la vida interior y contemplativa, á que son llamadas y que deben recorrer las esposas de Dios Salvador.

La tercera de las once misteriosas estrellas es el bienaventurado Gaspar de Bono,

mones, por sus numerosas obras, especial-

de la Orden de los Mínimos. Se le puede considerar entre los siervos de san José mas solícitos en hacerle corte, pues no cesaba de conversar espiritualmente con la santa Familia en la casa de Nazaret; tambien tenia constantemente en el corazon y en los labios estos sagrados nombres *Jesús, María y José*. Estos tres nombres eran para él tres arroyos de miel, y por lo mismo no es extraño que de su boca solo saliesen palabras de la mas suave devocion. En efecto, era muy dulce oír á este buen religioso que, ora hiciese una pregunta, ora diese una respuesta, siempre comenzaba y terminaba por estos nombres *Jesús, María y José*. Cuando estaba cercano á la muerte, quiso que los religiosos que le asistian le repitiesen continuamente estos sagrados nombres, para suavizar con su melodía toda celestial los dolores de la agonía y las angustias de la muerte. Y así fue que al momento que sus labios acabaron de pronunciar *Jesús, María y José* espiró dulcemente.

Volvamos ahora los ojos á la cuarta estrella, que hace cortejo á san José. Es el venerable P. Pedro Cotton, de la Compañía



«No sabeis que todo yo pertenezco á san

de Jesús, que se hizo igualmente célebre por sus talentos de orador y por sus virtudes de religioso. Su celo por la gloria de san José algo tenia de prodigioso. En todos sus sermones, en sus exhortaciones todas, jamás dejaba de insertar algun rasgo que honrase á su muy querido Protector. Él fue quien por sus consejos y sus cuidados hizo dedicar á san José la primera iglesia que la Francia le ha erigido, la del noviciado de la Compañía de Jesús en Lyon. Tuvo la felicidad de morir el dia mismo de su festividad, segun que le habia sido revelado. Se cuenta que en su última enfermedad le apareció la santísima Virgen, y le dijo que venia para ayudarle á bien morir, en reconocimiento de la tierna devocion que habia tenido á su querido Esposo. Estas diversas circunstancias reunidas prueban muy claramente que una muerte tal fue la recompensa de los servicios que él habia hecho á san José, y que el Santo reconoció llevándole al cielo el mismo dia de su fiesta y de su mas bello triunfo.

La quinta estrella que brilla al derredor de san José es con muy justo título el venerable P. Luis Lallemant, quien por la regu-

mones, por sus numerosas obras, especial-

laridad y exactitud de la disciplina religiosa mereció ser generalmente considerado como una viva copia del espíritu de san Ignacio, de quien fue discípulo y fiel imitador. Él amaba con pasion la vida interior, y para tener ante los ojos diariamente el mas perfecto modelo, se aplicó á meditar las virtudes de san José, á la vez que, para darle pruebas de su amor y respeto, todos los dias á honor suyo practicaba cuatro ejercicios de piedad. Tenia tambien una gracia extraordinaria para inspirar á otros la devocion de nuestro Santo, y era tal su confianza en él, y gozaba cerca de él de tanto crédito, que no habia favor que no obtuviese. Y así, cuando exhortaba á los fieles á que le honrasen, al mismo tiempo les alentaba á que le pidiesen gracias, asegurándoles que infaliblemente todo lo obtendrian de su bondad. Hé aquí un notable ejemplo. Siendo rector del colegio de Bourges, tuvo ocasion de reconocer en dos jóvenes regentes de las clases inferiores un gran fondo de piedad. Al acercarse la festividad de san José, les llama, y les promete alcanzar para cada uno la gracia que deseasen, con tal que exhortaran á sus esco-



«¿no sabeis que todo yo pertenezco á san

lares á que fuesen devotos del Santo, y le hiciesen algunos particulares obsequios en el dia de la fiesta. Los dos regentes aceptaron de buena voluntad la proposicion, y fueron tan eficaces sus exhortaciones, que el dia de san José comulgaron á honor suyo las dos clases enteras. El mismo dia fueron al aposento del Padre Rector, y cada uno le declaró en secreto la gracia que deseaba obtener por intercesion de san José. El primero (que fue el célebre P. Nouet) pidió la gracia de saber escribir y hablar dignamente de Nuestro Señor. Se ignora cuál fue la gracia que pidió el segundo, porque al referir el hecho su humildad no le permitió especificarla, y solamente se supo que la habia obtenido. En cuanto al P. Nouet, la mañana siguiente al dia de la fiesta, habiendo cambiado de idea, volvió á ver al Padre Rector, y le dijo que, despues de haberlo meditado mejor, creia que debiera pedir otra gracia mas útil á su propia perfeccion. El Rector respondió que ya no habia lugar, pues que san José ya le habia alcanzado la gracia que designó primero. Respecto del cumplimiento de esta gracia, puede juzgarse por sus fervientes ser-

mones, por sus numerosas obras, especialmente por la que compuso sobre las excelencias de Jesucristo, en la que brillan luces celestiales y llamas de amor capaces de abrazar todos los corazones. ¿Quién no concluirá de todo esto que el P. Lallemand era uno de los favoritos mas amados de san José, de cuyos tesoros disponia á su placer? Añadamos, como última prueba de la admirable devocion que tenia á este Protector poderoso, que en su postrema enfermedad pidió que se pusiese con él su imágen en el sepulcro.

Vamos ahora á considerar la sexta, y me atrevo á decirlo, la mas brillante de las estrellas que ennoblecen la diadema de san José, á saber, Teresa de Jesús, esa vírgen ilustre, cuya santidad y doctrina han esparcido tanto brillo en la Iglesia de Dios. Si es glorioso para santa Teresa el haber sido elegida por el cielo para reformar y hacer florecer la venerable Religion del Carmelo, no lo es menos haber sido elegida tambien para acabar de difundir en todo el mundo cristiano la devocion á san José, y dar á su culto todo el esplendor de que goza de enton-



ces acá. Jesucristo, para mayor gloria de su Iglesia, no quiso apoyar sus fundamentos ni sobre los monarcas, ni sobre los opulentos, ni sobre los sábios del siglo; pues del mismo modo y por la misma razón no quiso emplear ni la ciencia, ni el nombre de los hombres mas acreditados en el mundo, para difundir y extender por todas partes la gloria de su Padre adoptivo, y procurarle homenajes universales. Reserva este grande acontecimiento á una vírgen hasta entonces desconocida, á fin de que no se pudiese atribuir sino á la omnipotencia de su brazo.

Veamos, pues, cuán admirable modelo de devoción á san José nos ha dejado la Vírgen reformadora del Carmelo. Desde su primera infancia sintió nacer en su corazón un tierno afecto y una confianza toda filial por el Esposo de la Madre de Dios; no le daba otros nombres que los muy dulces de señor y padre. De diez y seis conventos de la reforma que fundó, á trece colocó bajo el nombre y protección de san José. Por muy atenta que estuviese á ocultar los favores particulares con que el Señor se complacia en enriquecerla, desde que se consagró á contribuir á la

gloria del Santo, siempre le acontecia lo contrario; su lengua y su pluma hacian traicion al secreto de sus afectos; no podia evitar el manifestar las gracias extraordinarias que debia á su intercesion. Basta recorrer su vida para comprender al momento, ora su celo con respecto al Santo, ora las bondades del Santo con respecto á ella. «No me acuerdo, «dice, de haberle pedido cosa alguna, que no «la haya alcanzado: es cosa que espanta las «grandes mercedes que Dios me ha hecho «por medio de este bienaventurado Santo, y «de los peligros que me ha librado, así de «cuerpo como de alma. Que á otros Santos «parece les dió el Señor gracia para socorrer «en una necesidad, á este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que «quiere el Señor darnos á entender que así «como le fue sujeto en la tierra (que como «tenia nombre de padre, siendo ayo, le podia mandar), así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas á quien yo decia se encomendasen á él, «tambien por experiencia: ya hay muchas «que le son devotas, experimentando de nuevo esta verdad... Querria yo persuadir á to-



«dos fuesen devotos de este glorioso Santo,  
«por la gran experiencia que tengo de los  
«bienes que alcanza de Dios. No he conoci-  
«do persona que de veras le sea devota, y  
«haga particulares servicios, que no la vea  
«mas aprovechada en la virtud, porque apro-  
«vecha en gran manera á las almas que á él  
«se encomiendan. Paréceme ha algunos años,  
«que cada año en su día le pido alguna cosa,  
«y siempre la veo cumplida; si va algo tor-  
«cida la petición, él la endereza, para mas  
«bien mio... Solo pido por amor de Dios que  
«lo pruebe quien no me creyere, y verá por  
«experiencia el gran bien que es encomen-  
«darse á este glorioso Patriarca, y tenerle  
«devocion. En especial personas de oracion  
«siempre le habrian de ser aficionadas: que  
«no sé cómo se pueda pensar en la Reina de  
«los Ángeles, en el tiempo que tanto pasó  
«con el Niño Jesús, que no dén gracias á  
«san José por lo bien que les ayudó en ellos.»

De estos pasajes, y de muchos otros que todavía pudiéramos citar, es muy fácil comprender la incomparable dignidad de san José, el crédito inmenso de que goza en el cielo, y el uso que de él hace en favor de las

almas que se dedican á su servicio. El celo que santa Teresa habia mostrado en toda su vida, por la gloria de su muy amado Protector, lo manifestó tambien despues de su muerte. Hé aquí cuál fue la ocasion. Muchos conventos de las Carmelitas que ella habia fundado, en los primeros transportes de la alegría que les causó la canonizacion de su gloriosa Madre, pensaron poner sus iglesias bajo la invocacion de santa Teresa, y sustituir su nombre á los de los Santos á quienes ella les habia dedicado. Propusieron sus designios al provincial de los Carmelitas; y este, que tenia una gran devocion á la nueva Santa, desde luego aprobó el proyecto de sus hijas. No sucedió lo mismo con la Santa, á quien se queria honrar; reprobó esa medida abiertamente; porque apareciéndose á una religiosa del monasterio de Ávila, le dió esta orden terminante: «Dí al Padre provincial «que quite mi nombre á los monasterios, y les «vuelva el de san José.» Lo que se ejecutó fielmente. Si se quiere hacer alguna cosa agradable á esta gran Santa, procúrese amar á san José como ella le amó; y si se le ha de tener devocion á ella, necesario es tenerla



mas grande por él. Esto lo habia comprendido perfectamente aquel rico y piadoso bienhechor que, queriendo erigir en la iglesia de los Carmelitas descalzos de Roma una capilla á su santo Protector, la colocó frente por frente de la de su santa Madre, ora para en algun modo poner ante sus ojos el objeto mas querido de su corazon, ora para advertir á los fieles que estas dos almas santas, tan estrechamente unidas en Dios, debian estarlo tambien en el culto que se les dé, en los votos que se les dirijan, en la esperanza, en fin, de obtenerlo todo, ó de José, que lo otorgará por amor de santa Teresa, su muy fiel sierva, ó de santa Teresa, que tambien lo concederá por amor de san José, su muy amado protector.

La séptima estrella que realza el brillo de la gloria de nuestro Santo es una hija de santa Teresa, la venerable Clara-María, de la ilustre casa de Colonna. Ella se aprovecha del crédito que le da su nacimiento para acreditar mas y mas la devocion y el culto de san José; por esto fue que no perdonó ni solicitudes ni pasos para alcanzar de la Santa Sede diversos privilegios que añadie-

sen un nuevo esplendor á su festividad. Con no menos cuidado trabaja por fomentar la devocion de san José entre las religiosas del convento que habia fundado en Roma bajo la invocacion de *Regina caeli*. En él habia una capilla interior dedicada al Santo: el dia de su fiesta, Clara-María la adornaba magníficamente, exponia en ella una de sus reliquias, que expresamente habia traído para las religiosas, cantando cánticos que ella misma habia compuesto en honor del Santo. Instruido por su madre santa Teresa, Clara-María acudia en todas sus necesidades á san José con una seguridad extraordinaria. Un dia escribió á un religioso de toda su confianza en estos términos: «Ha pasado la fiesta de san José; yo sentí que se duplicó mi devocion por él. Le considero como á un padre á quien puedo dirigirme con toda seguridad. Me presento á él con todas mis miserias, y le ruego me alcance de Dios un grande amor á su divina Majestad.» Habia experimentado en tantas ocasiones los efectos del poder y de la bondad de san José, que, como santa Teresa, asegura que jamás le ha pedido nada en vano: era su re-



curso seguro en todas las necesidades del monasterio. Un dia la hermana Clara, habiendo encontrado una devota imágen que representaba un *Ecce Homo*, al momento la colocó cerca de la imágen de san José, á quien dijo con piadosa simplicidad: «A Vos «os pertenece sacar del tesoro de Jesús paciente todo lo indispensable á las necesidades de la casa.» Pero su devocion jamás resplandeció con tanto brillo como cuando, siendo superiora del monasterio, pudo distribuir limosnas en honor de un Santo siempre dispuesto á socorrerla, dándole de este modo algunas pruebas de su reconocimiento. Esto lo hacia especialmente el dia de su fiesta: vestia de todo á todo á un pobre anciano, y daba limosnas á muchos otros, en proporcion que se lo permitia el estado religioso, estado en que se hace profesion de pobreza. Entre los indigentes que ella asistia en honor de san José, un dia llegó que tocase en suerte la mejor parte á un desgraciado carpintero, deudor del monasterio. Su felicidad estuvo en llamarse José, y en que su oficio le diese un segundo motivo de semejanza con el santo Protector de Clara-María. En vista

ó de ganarlo todo, ó de todo perderlo, busca

de estas coincidencias dispuestas por la Providencia, al momento le perdona toda la deuda; y no contenta con este acto de piedad, luego que supo que estaba cargado de familia, encontró medio de dotarle una hija.

Todavía figura como la octava estrella que aumenta la gloria de san José una hija de la reformadora del Carmelo, la venerable Margarita del Santísimo Sacramento. Era esta una alma tan amada del niño Jesús, que este amable Salvador se dignó darle el título de esposa de su divina infancia. Jesús, María y José eran el objeto continuo de su contemplacion y de su amor: siendo José el jefe de la sagrada Familia, ella tomó á pechos el honrarle é imitarle como el modelo mas perfecto despues de Jesús y María; y, en fin, segun la naturaleza de los misterios que ella veneraba en el niño Jesús, unia su corazon al corazon de san José. Tales fueron los hábitos de su primera juventud, edad de simplicidad y de candor, á la que Dios se complace en comunicarse. Su aya, suponiendo sin duda que pasaba en ella alguna cosa extraordinaria, le dirigia diversas cuestiones



curso seguro en todas las necesidades del

sobre san José. La jóven Margarita daba respuestas muy profundas y tanto mas admirables, cuanto que eran perfectamente conformes á lo que han escrito los mas hábiles teólogos. Una de las mas bellas prácticas de Margarita, en medio de las ocupaciones diarias de su monasterio, era la que ella misma refiere en una carta á una religiosa de toda su confianza. «Yo meregocijo, le escribe, de «veros en el oficio que se os ha confiado. Os «conjuro á que os unais á nuestro querido y «amable niño Jesús, que en el taller de san «José no era su superior, sino solamente su «auxiliar. Unid vuestras funciones á las del «divino Niño, acostumbraos á considerar á «la hermana en cuya oficina y compañía estáis, con los mismos ojos con que Jesús «consideraba al glorioso José. Yo también «ayudo y sirvo á una de nuestras hermanas, y haré todo lo que esté de mi parte «para ser fiel al santo ejercicio que os recomiendo.» Pasarémos en silencio otras prácticas igualmente sólidas, á las cuales Margarita se sujetaba en honor de su muy amado Santo: lo poco que hemos dicho ya es de-

ó de ganarlo todo, ó de todo perderlo, busca

masiado para comprender hasta dónde llevaba su devocion por él, y lo que sabia hacer para honrarle.

La estrella nona, y una de las mas brillantes de las que pertenecen á san José, es otra Margarita, religiosa dominica de Civita-Castellana. El objeto habitual de sus meditaciones era la divina maternidad de María, el nacimiento del Verbo encarnado, y los servicios que José tuvo la felicidad de prestar al Hijo y á la Madre, ora en la gruta de Belen, ora en Egipto, ora en la pequeña casa de Nazaret. Estos misterios inspiraron á Margarita desde su infancia un afecto tan vivo por nuestro santo Patriarca, que despues llevó hasta la muerte su imágen en su corazon con las de Jesús y María, grabadas todas tres por la mano del divino amor.

La estrella décima consagrada á san José fue la venerable Juana de los Ángeles, religiosa ursulina de Lyon. Su virtud fue admirable, porque siempre tuvo delante de los ojos la vida de san José, para meditar todos sus rasgos, é imitar todo lo que en ella veia de imitable. Al riguroso ayuno que observaba la víspera de su fiesta reunia otras



curso seguro en todas las necesidades del

austeridades: otro día, despues de la comunión, lo elegia por patron del año, y le hacia una nueva ofrenda de su amor filial. No sin razon esta venerable religiosa estaba enteramente consagrada á san José: á su intercesion debió el verse libre de los demonios que la tenian obsesa, y curada de una mortal enfermedad que la habia conducido al último extremo. Podria tambien decirse que el Santo mismo habia llenado su corazon del tierno afecto que ella le profesaba, pues un dia se le apareció mas hermoso que el sol, y de la manera mas amable la exhortó á sobrellevar sus penas con constancia, y á poner toda su confianza en Dios, que mortifica y prueba, y al mismo tiempo vivifica. Además, declaró á su piadosa sierva que le seria muy agradable que á honor suyo hiciese nueve comuniones en los dias de la semana correspondientes al en que cayese su fiesta.

— En fin, la undécima y última de las estrellas que forman la diadema de nuestro glorioso Santo es la venerable sierva de Dios María Catalina de san Agustin, que Dios sacó de la Francia, donde era la madre de los pobres, para enviarla á que sirviese como her-

ó de ganarlo todo, ó de todo perderlo, busca

mana hospitalaria en el hospital de la Misericordia de Quebec, capital de lo que entonces se llamaba Nueva-Francia. La tierna devocion que ella tenia por el casto Esposo de María, protector especial de la cristiandad que acababa de formarse en esas regiones bárbaras, le inspiró el deseo de añadir el nombre de José á los que ya tenia; y ejecutándolo al momento, desde entonces se hizo llamar María-Josefina. Justo es recordar aquí, por honor de nuestro Santo, una vision que ella tuvo el dia de la Ascension de Nuestro Señor. Vió una solemne procesion toda compuesta de bienaventurados, en medio de los cuales apareció el Rey de la gloria. Mientras que el augusto cortejo se elevaba en los aires y se avanzaba en triunfo hácia el cielo, María-Josefina distinguió á san José, que precediendo á todos los bienaventurados dirigia su marcha, y se hallaba mas cerca de las puertas eternas. Despues, cuando todos entraron al cielo, y luego que la santa humanidad del Salvador se colocó sobre el trono que le estaba preparado á la diestra de Dios, Josefina vió que su santo Patron tomaba la palabra, y decia al Padre eterno: «Hé aquí el



curso seguro en todas las necesidades del

«talento que me habéis confiado sobre la tierra. Yo os lo devuelvo hoy día, no solamente duplicado, sino centuplicado tantas veces cuantas almas hay en esta multitud innumerable, cuyas deudas ha pagado...»  
«Siervo fiel, le respondió el eterno Padre, como Vos habeis sido sobre la tierra el jefe de mi familia, yo quiero que en el cielo vuestro poder sea el mismo todavía, y que conserveis el título, no de siervo, sino de señor.»  
Jesucristo, tomando á su turno la palabra, declaró que continuaria siempre obsequiando la voluntad de su Padre adoptivo. Entonces María-Josefina, volviéndose á su glorioso Patrono, le dice: «Grande Santo, pedid al Rey de la gloria que tenga yo la felicidad de no perder jamás su amor, pues no podré rehusaros esta gracia.» Su oracion fue escuchada á condicion de que por su parte no olvidase la promesa que habia hecho á Dios de abandonarse siempre á su santísima voluntad; y además se le manifestó en el cielo el lugar en que gozaria la felicidad de estar con Jesús, María y José.

Ahora, pues, almas devotas, ¿no se estremece de alegría vuestro corazón á la vista del

ó de ganarlo todo, ó de todo perderlo, busca

poder sin límites de que goza cerca de Dios vuestro santo Protector? ¿No es ciertamente maravilloso que Jesús, rey de la gloria, haya conservado aun en el cielo á su Padre adoptivo el honor de mandarle? Mas la sorpresa disminuirá si se atiende á lo que san Bernardino de Sena ha escrito con este motivo. Hé aquí sus palabras: «No puede darse que Jesucristo, que durante su vida mortal no se contentó con admitir á san José á una familiaridad íntima, sino que también le rindió el respeto y la obediencia que un hijo debe á su padre, en el cielo le ha conservado esas prerogativas sublimes, y que aun las ha perfeccionado admirablemente.» «Si Dios Salvador, continúa el mismo Santo, quiso para satisfacer su piedad filial glorificar el cuerpo y el alma de la Virgen santísima el día de su Asuncion; piadosamente puede y debe creerse que no habrá hecho menos por san José, tan grande entre todos los Santos, y que le habrá resucitado glorioso el día en que, habiendo resucitado él mismo, sacó á otros muchos del polvo de la tumba.» Hé aquí las palabras del Santo: *Pie credendum est, quod piissimus Fi-*



curso seguro en todas las necesidades del

*lius Dei Jesus, sicut Matrem assumpsit in cœlum corpore et anima gloriosam, sic etiam, in die resurrectionis suæ, Sanctissimum Josephum.* Estas palabras tan precisas fueron dichas en Padua ante un concurso numeroso, y lo que hay de mas notable es, que en el momento en que las pronunciaba se creyó ver sobre su cabeza una brillante cruz de oro que ratificaba con esa aparicion maravillosa lo que decia de la resurreccion de san José.

## CAPÍTULO XII.

*Motivo duodécimo; san José es protector de los agonizantes, y patron de la buena muerte.*

Si los ejemplos hasta aquí referidos no hubiesen sido demasiado poderosos para determinar al lector, cualquiera que sea, á elegir á san José por su protector especial, ved aquí un nuevo motivo que, segun lo esperamos, le pondrá en la necesidad de hacer esa eleccion. Como no hay una persona que no deba morir un dia, así tambien nadie debe dejar de acudir á aquel que tiene poder para ayudar á sus clientes á morir bien. Un litigante empeñado en un negocio en el que se trata

ó de ganarlo todo, ó de todo perderlo, busca al abogado mas hábil y mas dispuesto á favorecerle; y solo á él confia un proceso de cuyo éxito depende su vida ó su muerte. Pues bien, todo cristiano en artículo de muerte toca á la decision de un terrible proceso; la rabia de los demonios, la memoria de los pecados cometidos, la incertidumbre del estado presente, los terrores del porvenir, se adunan para disputarle sus derechos á la herencia del cielo, y le amenazan con el máximo mal, que es el infierno. ¿No podrá, pues, en este instante crítico buscar alguno de los Santos que quiera defender bien su causa, y que pueda ganarla en ese temible tribunal en que no hay apelacion para el que tiene la desgracia de ser condenado? Y ¿qué Santo sabrá defendernos mejor que san José? Todo el mundo le reconoce por abogado de los agonizantes y patron de la buena muerte. Por esto es que cási por todo el mundo se han establecido congregaciones y levantado altares á su nombre; y por esto tambien en tantas partes se venera y celebra la fiesta de su bienaventurado tránsito.

Entre los motivos que nos obligan á reco-